

HAGA EL AMOR, NO EL CONGRESO

LOS CRESPONES DE CARRARA



¿Farsa o tragedia? Trescientos anarquistas que hablaban veinte lenguas han interpretado sobre los mármoles de Carrara —vieja cuna de "anarcos" peninsulares— su propio psicodrama.

La escena: múltiple, móvil. Un teatro verdiano, encrespionado por exigencias del Congreso (el quinto de la historia), lleno de banderas negras, tribunas, micros; aguas minerales y fastos libertarios. Una hilera de "bungalows" en una playa pedregosa, animada con "chianti" y "folk-songs", transformada por sus "ocupantes" en comuna revolucionaria balnearia. Canteras blanquísimas de tradición muy negra. Un viejo club de anarcos locales, repintado recientemente de rojo y negro y paredes





LOS GRESIONES DE CARRARA

tapizadas con desempolvados retratos de Bakunin, Malatesta y Gori. La calle, por último, confirmada en sus funciones de teatro permanente.

Mociones, himnos, informes, inyectivas, muecas, portazos, conciliábulos, peleas..., poco importan las peripecias. Improvisando su propio papel, arrancándose en el fuego de la acción su propia máscara, cada personaje ha dejado entrever los múltiples rostros del anarquismo.

He aquí un muestrario.

el marmolista

Acento toscano y bíceps a punto. Rebelde por naturaleza. Anarquista por tradición familiar y sentimientos libertarios con raíces artesanales. Tiene su monumento a los anarquistas en un jardín público, su sindicato anarquista (U. S. I.), que se enorgullece del recuerdo de una vieja victoria: las seis horas de trabajo diario en las canteras obtenidas en 1905; sus polémicas murales con los marxistas, dueños «institucionales» de la localidad (desde 1956 la ciudad está administrada por una coalición de comunistas y socialistas).

«El sesenta por ciento de la población es anarquizante», afirma el alcalde socialista. Lo que, evidentemente, no daría muchos electores, caso de que todos siguieran la estricta ortodoxia anarquista. Pero, igual que el marmolista, el «baronetto» del mármol, se dice también aquí anarquista: «En el fondo, gentes simpáticas —comenta el alcalde—. Entre nosotros: yo mismo soy un anarcoide...».

¿Un congreso anarquista para los descendientes de Miguel Angel? «Esto no nos concierne. Vienen los jefes para discutir entre ellos». Curiosa terminología en boca de un «anarco»...

Parece salido de un grabado del siglo XIX. Barbilla, chalina negra, sombrero amplio. Gusto pronunciado por el anti-uniforme, por la anti-condecoración que, multiplicados por cien en pocos metros cuadrados, se convierten de hecho en uniformes, en condecoraciones. Identificable también (por lo menos el italiano, para quien el voto es obligatorio) por su certificado de buena conducta, fácilmente exhibido, en el que aparece la difamante mención: «No ha votado».

el antiguo combatiente

Impugnado por los jóvenes «anarcos» en lo que se refiere a su «martirologio» falseado y a su «fraseología» social-demócrata. Decapitados, perseguidos, deportados, diezmados por las sucesivas oleadas revolucionarias, rehusando ser «una vez más los cornudos de la Historia» y no teniendo «nada que revisar o que corregir de los principios fundamentales del anarquismo»,

los antiguos combatientes se refugian a gusto en sus recuerdos heroicos.

«A tu edad, hemos gastado las mismas bromas, hijo», he oído que le decía a Cohn-Bendit un viejo alemán. «Resultado: Mussolini, Hitler...». Y Cohn-Bendit, horas después, apostrofaba desde lo alto de su palco a un orador que recitaba todos los lugares comunes del anarquismo anterior a la guerra de Crimea: «Si Bakunin oyera esto, dispararía».

el joven

Piedra angular del Congreso. Se cuenta con él, y se lanzan invitaciones sensacionales: Rudi Dutschke, Cohn-Bendit. Se imprimen slogans rejuvenecidos: «Los jóvenes rechazan la autoridad». «La juventud es anarquista». Automáticamente, los periódicos titulan: «Un Congreso rejuvenecido». «Afluencia de jóvenes al Congreso».

Los interesados, por su parte, se niegan a ser catalogados por edades. «¿Qué quiere decir eso de joven o viejo? —clama Cohn-Bendit—. Aquí hay uno de sesenta abril que piensa igual que nosotros».

Jean-Jacques Lebel, delegado suizo en el Congreso, se niega a tomar asiento en la tribuna, detrás de los vasos de agua mineral. «Unos tienen su judío o su negro, y éstos quieren tener su joven...».

El «joven» ha surgido directamente del «Tratado de *savoir-vivre* para uso de las generaciones jóvenes». Su slogan: «Haz el amor, no el Congreso». Anticongresista, antiinstitucionalista, antiorganizacionista, desaliñado, sucio y guapo, pisotea las normas del decoro y desacraliza el «anarquismo de papá».

el saboteador

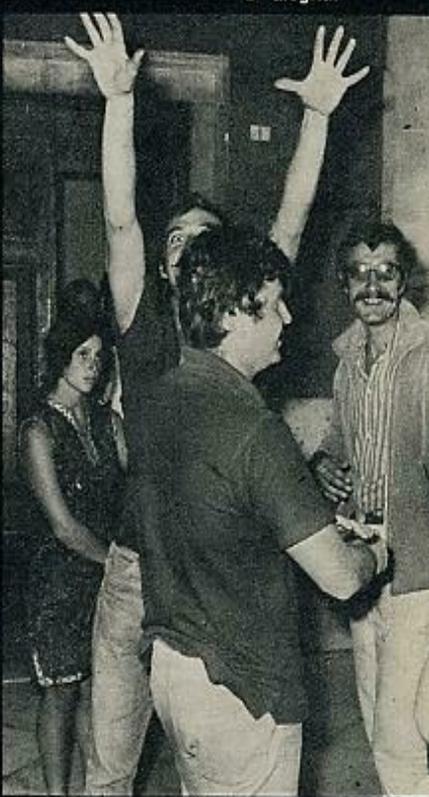
Tumbado a los pies de la estatua de Garibaldi, escupe indiscriminadamente sobre la gente sus pepitas de sandía. Plantándose con los pies desnudos sobre los raíles de la vía en la estación de Carrara —bajo la aterrorizada mirada de los «ferrovieri» y de los viajeros— recibe al camarada que llega con un ramo de olivo en la mano, un viejo sombrero de «anarco» sobre los cabellos impregnados de sal marina y cantando la Internacional.

«¡Disolución del Congreso!», gritará Cohn-Bendit —una chica sentada sobre sus rodillas— a los acompasados burócratas el mismo día de la apertura. Llamamiento que será coreado cuarenta y ocho horas después, al marcharse ruidosamente las delegaciones británica y suiza. «No había ni que tolerar el Congreso», comenta Michel Frantz, de las Juventudes anarquistas comunistas: «Había que destruirlo».

Razón de esta desaprobación pública: «Ellos se organizan antes de actuar. Nos-



La vedette del Congreso fue Cohn-Bendit. Según Mariella Rightini (tras él, en el palco), su «anarquismo» es espontáneo, inesperado, inventivo... Gran orador, afirma que la revolución hay que hacerla con alegría.



«Aunque no le gusto al "22 de marzo", yo soy el que ha encabezado el movimiento revolucionario», dijo el delegado francés, Maurice Joyeux.



LOS CRESPONES DE CARRARA

En Carrara se han juntado las «viejas glorias» del anarquismo y los jóvenes iconoclastas, enemigos del «anarquismo de papá». Dos símbolos: Jean-Jacques Lebel, delegado suizo, que se negó a sentarse en la tribuna, «detrás de los vasos de agua mineral», e Ilario Margheritina, perteneciente al viejo movimiento anarquista italiano. La síntesis no se logró en el «rejuvenecido» Congreso de Carrara.



otros actuamos primero; después, nos organizamos». «En ningún caso podemos avalar un Congreso anarquista que nos recuerda una reunión del comité central del Partido comunista», añaden los «saboteadores». Mucho menos, un Congreso de federaciones anarquistas que excluye a cualquier otro movimiento libertario. «Una federación —explican— no puede "despachar" todo. Es un aparato demasiado pesado. Su propia estructura lo condena a la inacción».

«La peor cosa que le podría pasar al anarquismo —declara Jean-Jacques Lebel a los congresistas— sería que se convierta en una institución».

la virgen

Vestida de anarquista. Feroz guardianera de la estricta ortodoxia libertaria. Y, a la vez, de las puertas del Congreso. Su bestia negra: el (o la) periodista, sospechoso de espionaje. Se le ha dicho que prohíba el acceso al Concilio de los «puros». Y que no escuche las blasfemias de los «impuros». Su permanente inquietud: alejar del templo a todos aquellos «que se dicen anarquistas y se presentan blandiendo el

librito rojo de Mao o recitando las máximas de Castro».

Particularmente vigilante en esta tarea: la F. A. F. (Federación Anarquista Francesa). En nombre del sentido común y del «rigor», negará la entrada al Congreso al supuesto delegado de la supuesta «Federación anarquista monegasca en el exilio», y, como el hombre reincidiera en su propósito, le romperá un magnetófono en la cabeza, para que no vuelva a molestar. Para un anarquista ortodoxo, nada es tan insufrible como la anarquía.

La F. A. F. amenazará también con retirarse, caso de que acudan Cohn-Bendit y los suyos. «Los italianos piensan que, pese a sus veleidades anarquistas, se le puede ganar para la anarquía», declara un representante de la tendencia comunista-libertaria-revolucionaria de la F. A. F. «Yo sostengo que su sitio no está en este Congreso». Sonrisas cómplices: «El no lo dirá, pero en mayo le hemos roto la cara tres veces, siempre por historias de banderas negras, a las que él se oponía. Si viene, volveremos a empezar». Vino. Los otros se salieron durante una sesión. Cohn-Bendit volvió. Le quitaron el micro

mientras duró el discurso de su portavoz, Maurice Joyeux.

maurice joyeux

Veintidós «marcianos» irreverentes entonaron una canción alusiva al delegado francés, en tanto la asamblea espera, bostezando, la llegada de éste.

Pequeño, desdentado, pelo al cero, jersey rojo con cuello vuelto, Maurice Joyeux se apropia, con una sola frase, de los éxitos de las jornadas de mayo. «Aunque no le guste al "22 de marzo", yo soy el que ha encabezado el movimiento revolucionario». Luego, aún más agresivo: «Observad el movimiento libertario. Todavía es puro. No se ha ensuciado. Pero conozco a un montón de intelectuales fatuos que merodean en torno al movimiento igual que las prostitutas dan vueltas alrededor de los bares». Y al día siguiente, en un cara a cara con Cohn-Bendit, en las escalinatas del teatro: «La anarquía es una chica muy hermosa. Todos los políticos quieren abusar de ella. Pero, créeme, hay que separar netamente vuestro movimiento, como el nuestro, de todo movimiento marxista. El pueblo elige rojo



o elige negro. No hace falta retórica para comprender esto».

la «fulana»

Calificativo utilizado por el «purista» (ver más arriba) para designar a cuantos flirtean con fuerzas de otros colores políticos.

«Nosotros no somos un movimiento de vírgenes —responden los anarquistas ortodoxos—, sino un movimiento político que también ha hecho marranadas que habrá que analizar. Pero creemos que, por querer ser demasiado puro, el movimiento libertario se ha quedado mustio. No somos dogmáticos. No excluimos a nadie. Lo que nos interesa es la práctica, no la ortodoxia».

daniel cohn-bendit

«Ha llegado el momento de abandonar el falso dilema anarquismo-marxismo, para resolver el verdadero dilema: revolución o contra-revolución». Con los pies desnudos sobre el mármol, el pantalón vaquero remangado hasta la pantorrilla, tonante, encendido, impertinente, Cohn-Bendit pasa, sin transición, de la revolu-



ción a la diversión, del fino análisis político a la broma, del Congreso a la playa. Tiene un anarquismo espontáneo, inesperado, inventivo: «La revolución —dice— se hace con alegría».

Seguido por sus compañeros, perseguido por los flashes y las cámaras, asediado por los periodistas, él es la «vedette» del Congreso. Aunque lo niegue violentamente. «Jamás diré ante un micro que encabezo un movimiento revolucionario, por-

que decirlo es contra-revolucionario». Los muchachos y muchachas que le acompañan —su «corte», como dicen los periódicos— le defienden con la misma violencia de las presiones de la prensa. Frustrados, los periodistas se vengán fabricando una «contra-vedette». Y así se asiste a esta paradoja inédita: para abrumar más a la joven fiera de Nanterre, la prensa más reaccionaria llega a enternecerse en términos patéticos con el anarquismo «tradicional», al que tanto tiempo ha calumniado y despreciado.

Tradiciones anarquistas contra inventiva anarquista, Cohn-Bendit contra Joyeux, herederos espirituales de Bakunín contra sacrílegos sepultureros del anarquismo de papá, servidores de la anarquía contra los que se sirven de ella... No se trata tan sólo de la dialéctica de dos generaciones, sino de la de dos momentos históricos distintos. No se ha logrado la síntesis en Carrara. ■ MARIELLA RIGHINI. Reportaje gráfico: INTERFOTO-FLASH PRESS.

EN EL PROXIMO NUMERO
EL ANARQUISMO DE BAKUNIN A COHN-BENDIT
 Por JUAN ALDEBARAN